



En las víctimas está Dios reconciliando el mundo

F. Javier Vitoria



La totalidad de este libro, tanto el contenido como el diseño están sometidos bajo licencia  <<Reconocimiento-No comercial-Obras derivadas>> que puede consultar a la red a <<https://creativecommons.org/licenses/?lang=es>>

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA
Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net
ISSN: 2014-6485

Edición: Santi Torres Rocaginé
Revisión del texto: Cristina Illamola
Diseño cubierta: Jordi Pascual Morant
Diseño y maquetación: Pilar Rubio Tugas
Febrero 2020

EN LAS VÍCTIMAS ESTÁ DIOS RECONCILIANDO EL MUNDO

F. Javier Vitoria

SUMARIO

06	1. ¿ES POSIBLE LA RECONCILIACIÓN ENTRE VERDUGOS Y VÍCTIMAS ASELINADAS?
08	2. PERSPECTIVA DESDE LAS VÍCTIMAS DE LA RECONCILIACIÓN DE DIOS
08	2.1. «En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo»
09	2.2. Dios reconcilia por medio de la muerte de Jesús
11	2.3. En los «vicarios de Cristo» Dios sigue reconciliando al mundo
12	2.4. Dios llora por la ruina de la humanidad en los arrabales del mundo
13	2.5. Creados a imagen y semejanza del Dios que llora
14	2.6. La reconciliación cambia nuestro estatuto ontológico: nuevas criaturas capaces de bondad, conciliación y fraternidad
15	2.7. El ministerio eclesial de la reconciliación: espiritualidad, «memoria passionis» y praxis

Esta publicación tiene su origen en la conferencia que el autor pronunció el 21 de noviembre de 2019 en Barcelona, dentro del curso de Cristianisme i Justícia «Fundamentos para una cultura de la reconciliación».

F. Javier Vitoria Cormenzana

Sacerdote de la diócesis de Bilbao. Profesor jubilado de la Facultad de Teología de Deusto. Profesor invitado en la UCA de El Salvador. Miembro del consejo de dirección de la revista *Iglesia Viva*. Ha publicado con Cristianisme i Justícia: *Un orden económico justo* (Cuaderno CJ nº 87, 1999); *Cristianismo beligerante con la injusticia. Manifiesto a los 20 años de CJ* (Cuaderno CJ nº 100, 2001); *Vientos de cambio. La Iglesia ante los signos de los tiempos* (Cuaderno CJ nº 178, 2012). Es miembro del equipo de Cristianisme i Justícia.

«Nadie puede tener las cuentas claras consigo mismo
y con los demás» (Joan-Carles Mèlich).

«Nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo,
por quien hemos obtenido ahora la reconciliación» (Rm 5,11).

1. ¿ES POSIBLE LA RECONCILIACIÓN ENTRE VERDUGOS Y VÍCTIMAS ASESINADAS?

Es una pregunta que me he planteado muchas veces desde una perspectiva local durante el tiempo en que ETA sembró el terror y, más tarde, al finalizar la violencia armada, cada vez que pienso en el tema de la reconciliación. La recreación procesual de un marco de convivencia que posibilite a las víctimas vivas su nueva y deseable condición de supervivientes me parece factible, aunque difícil de conseguir. Sin embargo, siempre he afirmado que a las víctimas radicales o asesinadas no podía reconciliarlas ni el Gobierno ni el Parlamento Vasco. Tampoco Herri Batasuna. Ni siquiera la Iglesia o la ciudadanía vasca. Solamente Dios es capaz de responder al grito de sus muertes que clama justicia si resucita a los asesinados. A nosotros solo nos queda el deber de su memoria para que el olvido no vuelva a matarlas.

Hoy me propongo abordar la misma cuestión desde una perspectiva general. La tragedia fratricida de Caín y Abel perdura, de forma global y masiva, en nuestros días, sin que hayamos respetado la señal que Yahvé puso a Caín, el asesino, «para que nadie que lo encontrase lo atacara» (Gn 4,15). Y así hasta tal extremo que el mundo se ha convertido en una geografía inacabable de la muerte que ha devorado nuestro tiempo hasta merecer el título de «Apocalipsis» y transformado nuestro mundo en un «campo» de exterminio.

No me es posible recordar aquí más que unos pocos topónimos: Auschwitz, Hiroshima, Nagasaki, Palestina, Chernóbil, Nueva York, Sudáfrica, Serbia, Irak, Siria, Tijuana, Lesbos, Yemen, la Amazonia... Ahí tenemos en sus diversas versiones: «Muerte masiva, muerte administrada, muerte tóxica, muerte atómica. Es la muerte provocada de millones de personas, con la cual muere también el sujeto, la historia y el futuro de la humanidad. Es la muerte que la posmodernidad, con su celebración del simulacro de un presente inagotable, negó y que ahora vuelve, como todo lo reprimido, con más fuerza. Aquí está la debilidad de la cultura posmoderna, con todo lo que fue capaz también de abrir: que el presente eterno del simulacro olvidó y negó la muerte, aunque hablara de ella. Acogió la finitud y la fragilidad, pero no la muerte del morir y la muerte del matar. Más concretamente, olvidó la distinción entre el morir y el matar, entre la finitud y el exterminio, entre caducidad y asesinato. Como Baudrillard intuía, el simulacro ocultó el crimen. Nos impidió, así, pensar que la muerte que hoy aceptamos como horizonte pasado y futuro de nuestro tiempo no es la de nuestra condición mortal, sino la de nuestra vocación asesina. Es el crimen. Es el asesinato»¹.

¹ GARCÉS, Marina (2017). *Nueva ilustración radical*, Barcelona: Anagrama, pp. 28-29.

Si estas palabras nos parecen excesivas, podemos recurrir a otras. La semana pasada el consejero vasco de Medio Ambiente, Planificación Territorial y Vivienda, Iñaki Arriola, presentó un informe sobre la huella ecológica vasca, que es el indicador del impacto ambiental generado por la demanda de la población sobre los recursos naturales. Aunque desde 2001 ha bajado un 7 %, situándose por debajo de la media europea y de estados miembros como Alemania, Suecia, Noruega, Bélgica, Países Bajos o Austria, aún es una cifra insostenible. El consumo de la población vasca supera la biocapacidad de la que dispone porque necesita 2,65 planetas para satisfacer su demanda actual. La huella ecológica de Euskadi es de 4,32 hectáreas globales por habitante, mientras que cada habitante del planeta dispone de 1,63 hectáreas globales. Los datos nos están indicando que somos un país «deudor» de huella ecológica; que somos ciudadanos «parásitos». De manera irresponsable vivimos a cuenta ajena sin caer en la cuenta de los efectos mortíferos que nuestro modo de vivir produce en la vida de otros.

Palabras e informes como los mencionados nos interrogan acerca de nuestra responsabilidad cómplice con esa «vocación asesina» que, al parecer, hemos aceptado como «horizonte pasado y futuro de nuestro tiempo», provocando millones de víctimas humanas y gravísimos destrozos en la naturaleza. En el caso de asumir nuestra complicidad —y, por lo que a mí respecta, yo la asumo—, me surge la turbadora pregunta: puesto que reconciliarnos con «los muertos del matar» es imposible, ¿habrá un Dios que los reconcilie y nos reconcilie con ellos? En caso afirmativo, ¿cómo es esa reconciliación?, ¿en qué consiste?, ¿cómo nos atañe a los cristianos?

2. PERSPECTIVA DESDE LAS VÍCTIMAS DE LA RECONCILIACIÓN DE DIOS

La palabra «reconciliación» es un término polisémico que puede abordarse desde diversas perspectivas: religiosa, ética, política y jurídica. Me centraré en la perspectiva religiosa y en su versión cristiana.

Las palabras «reconciliar» y «reconciliación» no desempeñan ningún papel en la literatura religiosa griego-pagana. Allí predomina el «*hacerse propicios* a los dioses» con ofrendas y holocaustos, pues la reconciliación es algo que solo podía tener lugar «entre iguales».

Tampoco en el Primer Testamento aparece el tema de la reconciliación, salvo en el texto griego de los LXX del segundo libro de los Macabeos (2Mc 1,5; 7,33 y 8,29). Sin embargo, hay lenguajes culturales («expiación» y «purificación»: Lv 4.5.16) que parecen prepararlo; y sobre todo el mensaje del perdón y de la misericordia de Dios mucho mayor que su ira.

San Pablo es el primer autor en toda la literatura griega que usa la categoría «reconciliación» con sentido teológico para la relación con Dios. Se sirve de dos palabras (el verbo *katallassein*² y el sustantivo *katallagê*), que aparecen trece veces en los escritos paulinos y deuteropaulinos.

² *Katallassein* es un verbo activo, no reflexivo, que propiamente significa 'cambiar', 'reconciliar', pero no 'reconciliarse'.

2.1. «En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo»

La primera característica de la reconciliación paulina es que «el sujeto de la reconciliación siempre es Dios». Así lo explicitan los dos textos principales que hablan de reconciliación:

«Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confirió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación» (2Co 5,18).

«Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida! Y no solamente eso, sino que también nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación» (Rm 5,10-11).

La reconciliación obrada por Dios es la actuación cumplida que precede a todo obrar humano: «Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios» (Rm 5,10). Ningún obrar humano, incluida la práctica del sacramento de la penitencia, es capaz de provocar la reconciliación porque consigue que Dios «reaccione» benevolentemente. Más bien ocurre al revés: la reconciliación es fruto de la «reacción» del hombre, necesaria y exigida como tal por la «acción» inicial de Dios: «Os suplicamos: ¡dejaos reconciliar con Dios!» (2Co 5,20). En otras palabras: Dios nunca es «reconciliado», más bien es él quien reconcilia. Prevalece el indicativo de la visión de Dios como perdonador y misericordioso al imperativo del cambio de actitud. No se trata, por tanto, de un simple «hacer las paces» como si fuera una reconciliación entre dos iguales, aunque, como veremos, exista una cierta relación de igualdad entre los reconciliados.

2.2. Dios reconcilia por medio de la muerte de Jesús

Pablo afirma que en Jesús crucificado «estaba Dios reconciliando al mundo consigo» (2Co 5,19), pues «fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (Rm 5,10). La resurrección de Jesús desveló para siempre aquello que parecía negado o cuestionado por su crucifixión: en, con y por Jesús, el Hijo, Dios estaba actuando en la historia humana, haciéndola suya con el fin de llevar a buen puerto su proyecto de conciliación (de fraternidad) entre los seres humanos y de estos con la naturaleza, abortado por el poder disgregador del pecado cainita.

Una primera mirada al Crucificado desvela que el plan reconciliador de Dios *padeció* el más grave de sus reveses históricos (Lc 20,9-18): la crucifixión de su Hijo o de su Elegido. Los hombres despojan a Dios de la figura clave de su proyecto en contra de su voluntad. Le arrebatan aquel a quien más ama y más suyo es, y Dios lo cede.³ O lo entrega,⁴ que es como la teología paulina interpreta la muerte de Jesús: «El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien lo *entregó* por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas?» (Rm 8,32). Hasta terminar por radicalizar esa entrega hasta límites insospechados: «A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (2Co 5,21). De manera semejante, la tradición juánica afirmará: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

Esta «entrega» del Padre pone de manifiesto, por una parte, la extraordinaria gratuidad del amor que Dios tiene a los seres humanos: «En esto se manifestó entre nosotros el amor de Dios: en que Dios envió al mundo a su Hijo

3 Cf., GONZÁLEZ FAUS, José. I. (1980). *Este es el hombre*, Santander: Sal Terrae, p. 38.

4 Pablo, cuya cristología puede calificarse como la de Cristo entregado (*Christus traditus*), y, en menor medida, Juan recogerán el término «entregar», utilizado por Marcos, y lo convertirán en categoría teológica. El evangelista utiliza el verbo «paradidónai» (entregar) como hilo conductor del relato de su pasión y con sentido peyorativo (traicionar, entregar en manos de otros, rechazar, abandonar, matar, etc.). Judas lo entrega a los sumos sacerdotes (14,10), los representantes de la Ley lo entregan a Pilatos (15,1), y este lo entrega para que lo crucifiquen (15,15). Jesús pasa a manos de sus enemigos, todos sus amigos huyen (15,40) y todo parece indicar que Jesús ha sido dejado de la mano de Dios. Del corazón de Jesús ajusticiado brota un grito desgarrador: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (15,34).

único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados» (1Jn 4,9-10).

Y, por otra, que la cruz de Jesús es *el más exorbitante e inimaginable «coste»* histórico de ese amor gratuito de Dios a los seres humanos. El Padre, desde toda la eternidad, estuvo dispuesto a «satisfacer un precio» con el fin de llevar a buen puerto su plan de salvación en colaboración necesaria con los seres humanos libres. Y lo fue pagando continuamente. Ahora, el ciego e imponente poder del pecado en la historia humana se cobraba la vida de Jesús y Dios «pagaba» dejándosela arrebatada.

La teoría expiatoria o satisfacionista de origen anselmiano, que tanto ha deformado la imagen cristiana de Dios, es desmentida por el mismo Dios presente en la cruz. La cruz no es *el precio* que Jesús paga a Dios para satisfacer su honor ofendido, en forma de dolor y sufrimientos inauditos a causa de la deuda que el género humano ha contraído con Dios por sus pecados. La cruz es la carísima cuantía del Amor, cuando Dios se mete a Reconciliador en esta historia en la que el pecado tiene el descomunal poder de poner muerte y disgregación en su epicentro.

La cruz revela cómo Dios, en su confrontación paterna con la historia de la injusticia y la violencia de sus hijos, los hombres, puso en juego y arriesgó no solamente su más excelsa cualidad (el amor), sino su más profunda realidad: el Unigénito.

Esta «entrega» o «cesión» del Padre manifiesta su condición reconciliadora del mundo y no condenadora (2Cor 5,11-21; Jn 3,17). Dios juzga de manera condenatoria y definitiva el pecado del mundo, que crucificó a Jesús como a un maldito. Sin embargo, no busca ninguna revancha contra los verdugos de su Hijo, sino manifestarse como Juez misericordioso con el fin de ser reconocido por los pecadores. En Jesús crucificado el Padre Misericordioso ofrece un sí liberador a todos los hombres víctimas del pecado y de la muerte:

«Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo... y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús» (Ef 2,4-6; cf. Rm 5,8; Col 2,13).

«Y a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y en vuestra carne incircuncisa, os vivificó juntamente con él y nos perdonó todos nuestros delitos. Canceló la nota de cargo que había contra nosotros, la de las prescripciones con sus cláusulas desfavorables, y la suprimió clavándola en la cruz. Y, una vez despojados los Principados y las Potestades, los exhibió públicamente, incorporándolos a su cortejo triunfal» (Col 2,13-15).

Estamos ante la revelación de una nueva economía de salvación. Dios destierra definitivamente la cólera en beneficio de la gracia, el temor en beneficio del amor, la carga de la ley en beneficio de la gratuidad de la gracia, la elección particular en beneficio de la promesa universal. Efectivamente, dirá Pablo, «pasó lo viejo» y «todo es nuevo» (2Co 5,17).

Esta economía divina obliga a revisar muchos de nuestros recursos catequéticos y pastorales. Frecuentemente, *abaratan* (la posibilidad de) *el pecado* (casi todo puede ser pecado y sus efectos parecen casi exclusivamente legales) y *encarecen* (el merecimiento de) *el perdón* reconciliador de Dios. En realidad, el perdón de Dios es *gratuito*, y el pecado, a causa de su poder mortífero, muy *oneroso* para quien lo comete, para los demás y para la naturaleza. Sin embargo, con Dietrich Bonhoeffer, podemos seguir hablando de «*gracia cara*»: «cara porque llama al seguimiento, es gracia porque llama al seguimiento de *Jesucristo*; es cara porque le cuesta al hombre la vida, es gracia porque le regala la vida; es cara porque condena el pecado, es gracia porque justifica al pecador. Sobre todo, la gracia es cara porque ha costado cara a Dios, porque le ha costado la vida de su Hijo —“habéis sido adquiridos a gran precio”— y porque lo que ha costado caro a Dios no puede resultarnos barato a nosotros. Es gracia, sobre todo, porque Dios no ha considerado a su Hijo demasiado caro con tal de devolvernos la vida, entregándolo por nosotros. La gracia cara es la encarnación de Dios».⁵

⁵ BONHOEFFER, Dietrich (1968). *El precio de la gracia*, Salamanca: Sígueme, p. 20.

2.3. En los «Vicarios de Cristo» Dios sigue reconciliando al mundo

La historia del Jesús de Nazaret terminó en el patíbulo de la cruz porque los hombres matamos. El Mesías de Dios cargó no solamente con «la muerte del morir», sino con «la muerte del matar»; asumió no solo la caducidad de la vida humana, sino «el morir antes de tiempo» del exterminio o de la injusticia. Hermanado con las innumerables víctimas de la injusticia, la historia humana también ha caminado sobre el cadáver del Hijo de Dios y sobre la aparente ruina de las esperanzas del Mesías. En su pasión, la noche oscura de la injusticia golpeó duramente la fe de Jesús en la proximidad de su Dios y en la cercanía del Reino del Padre, pero murió como «el Testigo Fiel» (Ap 1,5) de la inaudita presencia de Dios y de la irrupción reconciliadora de su Reino en su descenso a los infiernos de la muerte injusta. En su resurrección por el poder del Espíritu, Dios le glorificó y se *rebeló* contra la lógica cainita del sistema religioso imperial, *interrumpiéndola*; y además, confirmando la fe y la esperanza de Jesús, *reveló* cómo Él mismo acontecía en el Crucificado como Dios «Adviento» e «Interruptor» de la historia del sufrimiento y del poder de la muerte.

La pasión de Cristo se prolonga históricamente en todos los que sufren. «Él sigue en agonía hasta el fin de los tiempos», dijo Pascal. En los sufridores de

este «mundo/campo de concentración» sigue sufriendo Cristo, singularmente en todas las víctimas de sistema económico de mercado que mata: los pobres, los precariados, los refugiados, los niños famélicos, los niños soldados, las niñas víctimas de la prostitución infantil, las mujeres maltratadas, etc.

Todos ellos son, como los llamó la tradición, los «Vicarios» de Cristo, sus representantes, y en ellos Dios está presente y continúa su tarea reconciliadora, ya definitiva, pero aún pendiente en la historia, haciendo que «pase lo viejo y todo sea nuevo» (2Co 5,17).

Esa presencia nos permite entrever, en palabras de Miguel de Unamuno, la «congoja» del Dios compasivo. Como en el caso de Jesús, Dios sigue abrazando visceralmente la situación y los sentimientos de sus hijos e hijas victimados. De este modo padece-con-ellos el sufrimiento de su muerte injusta. Así, la congoja de Dios se convierte en expresión de su amor infinito a los «representantes» de su Hijo, los crucificados de la historia; y, en ellos, a los demás seres humanos. Dios se deshace en la cruz de las máscaras con las que hemos velado su rostro: Acto puro, Motor inmóvil, Divinidad inmutable, Poder impasible. El Padre es un Dios empático capaz de sentimientos y de afección por los sentimientos de otro. Dios se convierte en Defensor y Salvador de las víctimas asesinadas y en Padre de los pecadores. Definitivamente, aquellas forman parte de la muchedumbre inmensa que está de pie delante del trono de Dios, dándole culto día y noche en su Santuario (Ap 7); y estos pasan de ser malditos por la ira de Dios a ser hijos por el amor de Dios.

2.4. Dios llora por la ruina de la humanidad en los arrabales del mundo

En el profeta Jeremías, Yavé advierte a Judá y a Israel (elegidos para ser su pueblo, su timbre de gloria y su honor: Jr 13,11) contra la tentación de altanería que les llevará a no escuchar su palabra y a entregarse a los ídolos (Jr 13,11-16). Pero el pueblo no escucha su advertencia y Yavé, impotente ante la desobediencia, añade: «Pero si no oyereis, en silencio llorará mi alma por ese orgullo, y dejarán caer mis ojos lágrimas, y verterán copiosas lágrimas, porque va cautiva la grey de Yahvé» (Jr 13,17).

La cruz de Jesús es el lugar del silencio abisal de Dios donde el Padre llora a causa del orgullo de los pecadores que han silenciado su Palabra encarnada y por el sufrimiento y la muerte de su Hijo. La pasión de Cristo se prolonga históricamente en todos los que sufren. Los gritos y el llanto de «las víctimas» de la injusticia alcanzan hoy a Dios como ayer el grito de Jesús. Y, lejos de permanecer impasible frente a las tribulaciones humanas, a la manera del primer motor aristotélico, no se hace el sordo y padece profundamente con ellas (Sal 39,13).

Hasta el punto de que es Dios quien, en su amor mayor que toda severidad, llora cuando oye los gritos de desesperación de sus hijos: el llanto consume sus ojos, le hierven las entrañas, por la ruina de la humanidad, mientras niños y lactantes desfallecen en los arrabales del mundo (Lm 2,11).

2.5. Creados a imagen y semejanza del Dios que llora

A esta visión del Padre siempre se le pueden poner objeciones como esta: la «imagen de un Dios patético, incapaz de retener sus lágrimas pero impotente para salvar a sus criaturas, ¿no equivale acaso a un último e irrisorio consuelo cuando el abismo atroz del sufrimiento hace que los más fieles corran el riesgo de blasfemar?».⁶

La refutación pierde de vista dos cuestiones decisivas. La primera: las lágrimas de Dios, como su ira en otras ocasiones, expresan de manera insuperable su amor por los hombres y las mujeres; por las víctimas y los victimarios. Las lágrimas del Padre brindan la prueba más radical de que ama hasta las últimas consecuencias. Lo que ha reconciliado a los seres humanos es un Amor tan extremado, Dios mismo, que carga con las últimas consecuencias de la encarnación del Hijo hasta dejarse alcanzar en su propia médula por el sufrimiento de la humanidad.

La segunda: las lágrimas de Dios nos recuerdan a los hombres y a las mujeres la gracia y la responsabilidad de haber sido creados a «imagen suya» (Gn 1,27). Por tanto, los seres humanos para corresponder a esa imagen inscrita en nuestro corazón, lejos de volvernos ciegos a los sufrimientos presentes o a las tragedias actuales, debemos agudizar la mirada y la conciencia de ellas.⁷ Pero nos ocurre, como ha observado el papa Francisco, que «se ha desarrollado una globalización de la indiferencia. Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera» (EG 54).

Lo hemos cantado con Mercedes Sosa: «Solo le pido a Dios que el dolor no me sea indiferente, que lo injusto no me sea indiferente, que la guerra no me sea indiferente, que el engaño no me sea indiferente, que el futuro no me sea indiferente...». Todos estamos llamados a poner nombre al etcétera de los puntos suspensivos. Seguramente, es una oración de petición que mi amigo Andrés Torres Queiruga daría por buena.

Necesitamos la empatía con los que sufren, el «sufrir juntos» («simpatía») y compartir el llanto de los descartados para vivir como Dios: «El hombre es

⁶ CHALIER, Catherine (2007). *Tratado de las lágrimas. Fragilidad de Dios, fragilidad del alma*, Salamanca: Sígueme, p. 42.

⁷ *Ibid.*, pp. 121-122.

tanto más hombre, esto es, tanto más divino —dirá Unamuno— cuanta más capacidad para el sufrimiento, o mejor dicho, para la congoja tiene».⁸ Sin derramar lágrimas por el sufrimiento de nuestros hermanos, los hombres, no habrá reconciliación como en el caso de José y sus hermanos (G 45,2.14-15).⁹

Tomar conciencia «significa saber-con, sentir-con y padecer-con. Sólo a través del dolor llegan los vivientes a adquirir conciencia de los otros y de sí mismos. Los seres vivientes se hacen libres mediante la concienciación en el dolor»¹⁰. Esta conciencia reclama de nosotros ponernos en el punto de vista de rostros «que me miran y desde los que yo miro» (F. Rosenzweig).

Nuestra indiferencia nos impide ver y tomar conciencia de la realidad de los ahogados en el Mediterráneo, de los niños muertos de hambre del Yemen, de los «menas» y «jenas», niños y jóvenes que deambulan con sus historias estremecedoras por nuestras ciudades y a los que los políticos de Vox solo son capaces de contemplar como delincuentes. Los rostros que nos miran son como un colirio (Ap 3,18) que limpia nuestros ojos y crea las condiciones para ver aquello esencial que les era invisible: la (llamada a la) reconciliación de los hijos e hijas de Dios (Mt 5,8), «aunque no sepamos cómo dar el siguiente paso» (J. Haers).

Las lágrimas de Dios echan sobre las espaldas de los reconciliados por Él la tarea de encargarse del sufrimiento del mundo. Como el rabino Moisés Cordovero nos recuerda, «a la divinidad le sucede que se encuentra “enferma de amor” (Cant 2,5), y el hombre debe saber que su curación depende de él. Dios “languidece ante el sufrimiento de su pueblo” (Jue 10,16), y el hombre debe calmar esta languidez; lo cual significa consecuentemente que debe *experimentar* cómo sufre la imagen de Dios en el presente en tal o cual persona, o en él mismo, y actuar para aliviar su aflicción. Nadie puede, por tanto, emanciparse de las emociones [...] bajo el pretexto de “parecerse a Dios”».¹¹

2.6. La reconciliación cambia nuestro estatuto ontológico: nuevas criaturas capaces de bondad, conciliación y fraternidad

Pero ¿qué es «lo nuevo» que Dios nos ofrece cuando nos reconcilia con Él en Cristo? ¿Qué es lo que hoy sigue ofreciéndonos en los «Vicarios» de Cristo?

«Reconciliar» no es solo perdonar o no tener en cuenta el pecado personal. Lo «nuevo» de la reconciliación no es fruto de un decreto divino que nos declara formalmente hijos e hijas suyos, sino del poder recreador del amor de Dios —de su Espíritu— que hace justicia, haciéndonos justos a los que no lo somos. Es decir, ofreciéndonos la capacidad de bondad, conciliación y fraternidad humanas de Jesús, su Hijo Primogénito.

De la reconciliación divina deriva el despertar del amor en nosotros. En Cristo, Dios *ha cambiado*, por así decir, *el estatuto ontológico del ser humano*:

8 DE UNAMUNO, Miguel (1982). *El sentimiento trágico de la vida*, Madrid: Espasa Calpe, p. 182.

9 «Llorar frente a un gesto de reconciliación, frente a la elevada nobleza, por ejemplo, de aquel “que se trasciende y se eleva por encima de su prudencia y de sus precauciones”, arriesgando su vida, para actuar a favor de la paz, es igualmente hacer sitio al sufrimiento, dejar de protegerse frente a él, ya sea odiándolo o negándolo. La derrota del odio no hace llorar nunca a aquellos que se acostumbran a él hasta el punto de sucumbir a sus atractivos y encontrar que ninguna verdad puede revestir los colores de la esperanza. Pero hace que acudan lágrimas de alegría a los ojos de aquellos que, sin ignorar las hazañas vertiginosas del mal de que los hombres son capaces, se dejan sorprender por la “fragilidad del bien” que a veces acude, y casi siempre de forma imprevista, a iluminar las vidas»: CHALIER (2007), *op. cit.*, pp. 175-176.

10 MOLTSMANN, Jürgen (1983). *Trinidad y Reino de Dios. Doctrina sobre Dios*, Salamanca: Sígueme, p. 54.

11 Citado por CHALIER (2007), *op. cit.*, p. 30.

este tiene ahora «una dignidad incomparable». Como decían los Padres de la Iglesia: Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios. Este estatuto ontológico de igualación con Dios es el que permite el uso teológico del verbo «re-conciliar»: porque entre Dios y el hombre había *una* conciliación (una igualdad) o armonía previa, derivada de la imagen divina (Gn 1,22) y de la recapitulación en Cristo (Ef 1,9-10), destruida por el pecado humano, y que Dios recompone reconciliando.

En la reconciliación, Dios supera nuestro ego creatural y pecador de hombres y mujeres «encorvados sobre nosotros mismos y lo consigue creando en nosotros una nueva (posibilidad) de relación con él y con los demás. El Espíritu de Cristo que nos habita es quien nos relaciona filialmente con Dios (Rm 8,15), nos hace desear la reconciliación que Dios desea y nos capacita para vivir como «hombres y mujeres-para-los-demás».

Nosotros seguiremos constatando lo dramático de nuestra condición humana, nuestra división interior. Como Pablo, no entenderemos nuestro proceder, «pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco» (Rm 7,15). Y podremos exclamar con él: «¡Pobre de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte?» (Rm 7,24). La acción de Dios en nosotros no debemos recibirla como si se tratara del poder mágico de un super-Harry Potter, sino como su petición de que aceptemos un regalo al que nos exhorta mediante Cristo (2Co 5,20).

Los reconciliados seguimos siendo, al mismo tiempo, justos y pecadores; pecadores en nuestra «carne» y, al mismo tiempo, personas buscadas por Dios y perdonadas en cuanto a su amor, gracias al Espíritu Santo que nos ha sido dado, que ¿se ha hecho una realidad en nosotros (Rm 5,5-6). Seguirá habiendo en nosotros viejo y nuevo (carne y Espíritu), pero estamos capacitados para caminar en el Espíritu (Rm 8,1-12). De ahí también el gozo que brota de esta nueva situación: «Nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación» (Rm 5,11).

La reconciliación nos invita y capacita para un caminar en novedad de vida porque hemos sido injertados en Cristo (Rm 6,4.5; Col 2,12). Y eso comportará el que no vivamos ya para nosotros mismos, sino para la causa de Cristo (2Co 5,15), haciendo que la reconciliación cunda a nuestro alrededor.

2.7. El ministerio eclesial de la reconciliación: espiritualidad, «memoria passionis» y praxis

De esta manera, la acción reconciliadora de Dios encomienda al cristiano la misión del «ministerio de la reconciliación» y el mensaje de «la palabra de la reconciliación» (2Co 5,18-19). La Iglesia como Pueblo de Dios y, por tanto, to-

dos y cada uno de los cristianos somos portadores y responsables de la misión de llevar a toda la humanidad la buena noticia, esa actuación de Dios por la que vuelve a recoger al hombre en su compañía y en su amistad, haciendo posible una nueva y definitiva conciliación en el mundo. La reconciliación ocurrida en la vida-muerte-resurrección de Jesucristo no está concluida, aunque sea definitiva, y por eso irrumpe la súplica divina: «¡reconciliaos con Dios!» (2Co 5,20).

Mientras nuestra reconciliación personal parece estar ya resuelta (Rm 5,9-11), no así la del mundo. La reconciliación del mundo no se reduce a superar la enemistad entre el hombre y Dios (Rm 1,18-32), aunque esta sea su dimensión principal. Toda la creación está expectante de una salvación como consecuencia de la frustración a la que se encuentra sometida por la obra del hombre (Rm 8,19-24). La reconciliación del mundo solo alcanzará su fin cuando Dios lleve a cabo en Cristo la consumación definitiva del universo, la recapitulación y plenitud final de todas las cosas en Cristo (Col 1,20; Ef 2,16), cuyo fundamento ya está puesto en marcha. La reconciliación, desde la perspectiva cristiana, será, por tanto, no solo la superación de la contradicción constitutiva del hombre que existe en el individuo, sino también la que existe en la comunidad humana total y a nivel cósmico, y cuyo fruto maduro es «la plenitud de la palabra Paz»:

16

«Dios tuvo a bien hacer residir en él [Cristo] toda la plenitud y reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, los seres de la tierra y de los cielos» (Col 1,19-20).

«Esto nos proyecta —dirá el papa Francisco— al final de los tiempos, cuando el Hijo entregue al Padre todas las cosas y “Dios sea todo en todos” (1Co 15,28). De ese modo, las criaturas de este mundo ya no se nos presentan como una realidad meramente natural, porque el Resucitado las envuelve misteriosamente y las orienta a un destino de plenitud. Las mismas flores del campo y las aves que él contempló admirado con sus ojos humanos, ahora están llenas de su presencia luminosa» (LS 100).

Así, pues, la reconciliación del mundo debe recoger la tarea, «cuidar del jardín» (Gen 2,15) o «hacer habitable la tierra» (Gen 1,28-30), dada al hombre con la creación. Todo apunta a la ampliación de la tarea de la reconciliación hasta alcanzar la naturaleza (como nos explicará G. Duch). Cuando la tarea del cuidado se sustituye por la de «la dominación humana» de la naturaleza, «genera inmensas desigualdades, injusticias y violencia para la mayoría de la humanidad, porque los recursos pasan a ser del primero que llega o del que tiene más poder: el ganador se lo lleva todo. El ideal de armonía, de justicia, de fraternidad y de paz que propone Jesús está en las antípodas de semejante modelo, y así lo expresaba con respecto a los poderes de su época: “Los poderosos

de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. Que no sea así entre vosotros, sino que el que quiera ser grande sea el servidor» (Mt 20,25-26)» (LS 82).

Como indica el programa de este curso de «Fundamentos para una cultura de la reconciliación», el «ministerio de la reconciliación» nos está remitiendo a Dios, a nosotros mismos, a las relaciones humanas rotas, a numerosos escenarios fracturados de este mundo globalizado y al deterioro del planeta, nuestra casa común. El panorama convierte la tarea reconciliadora en inacabable.

En consecuencia, muchas veces constatamos la enormidad de la misión encomendada: «hacernos cargo» de la realidad irreconciliable de nuestro mundo, «encargarnos» de reconciliarla y «cargar» con las consecuencias del pecado en nuestro empeño. Esta encomienda divina supera ampliamente nuestras capacidades, y cualquier estrategia, incluso las de largo alcance, se manifiesta inapropiada.

Por ello, me resulta bueno recordar con la ayuda de Josep Maria Esquirol que no nos han expulsado de ningún paraíso:

«Siempre hemos estado fuera. En verdad, y por suerte, aquí *el paraíso es imposible*. Nuestra condición es la de *las afueras* [...] Aquí en las afueras, cuesta muchísimo moverse medio palmo en la buena dirección. Es el medio palmo hacia la comunidad fraterna que vive. [...] *La condición humana* es la de las afueras del paraíso imposible. [...] Si nos desplazáramos medio palmo, continuaríamos todavía en las afueras —más allá de las afueras hay afueras— pero todo sería diferente. Sin embargo, estos nueve o diez centímetros exigen un esfuerzo tan grande, o una disposición tan especial, que pocas veces se recorren. Algunas veces sí. El desplazamiento es, al mismo tiempo, personal, político y religioso, y se alude a él con palabras como *ascesis*, *revolución* y *conversión*, respectivamente. A la distancia de medio palmo. Bien, en verdad, la distancia decisiva es de un palmo. Pero sin duda nosotros solos no podemos recorrerla entera. Nuestro horizonte personal y político lo tenemos a medio palmo. Hay continuidad entre nuestra situación y la de medio palmo más allá. Es importante situar bien este “más allá”. Si imaginamos un camino, el medio palmo no es hacia adelante. Si imaginamos el perímetro de una circunferencia, el medio palmo no es ni hacia el exterior ni hacia el centro. Es medio palmo hacia dentro, hacia el fondo, hacia el trasfondo en profundidad. Desplazamiento que, al hacerse, no se convierte nunca en una posesión definitiva. Pronto vuelve a quedar pendiente, y hay que repetirlo. Sin embargo, nunca es en vano, porque cada vez que se recorre, da frutos. El desplazamiento ha sido realizado por personas anónimas y sencillas; por sabios humildes y un puñado de filósofos; por revolucionarios e individuos comprometidos políticamente;

por personas de auténtica vida espiritual y, sobre todo, por la buena gente. Todos ellos han contribuido a cambiar el mundo que, sin embargo, está todavía por cambiar».

«Apenas medio palmo» nos puede parecer poco. Sin embargo, continúa Josep Maria:

«Poco es mucho; poco es todo. Según como, casi-nada, puede ser casi-todo. Medio palmo, y ahora mismo podríamos habitar unas afueras sin violencia, justas y fraternales. Evitaríamos todo el daño que nos hacemos a nosotros mismos, y afrontaríamos más unidos el mal inevitable vinculado a nuestra condición finita y mortal. En el pasado, si todas las personas lo hubieran recorrido, se habrían evitado montañas de sufrimiento y de víctimas de la violencia y la injusticia. Pocos centímetros hubieran bastado para impedir la aparición de los peores genocidas de la historia; pocos centímetros hubieran bastado para prevenir el estallido de muchas guerras; pocos centímetros, y la miseria no hubiera azotado el mundo tal como lo ha hecho ni mucho menos lo azotaría ahora».¹²

Toda esta reflexión me lleva a concluir que el ministerio de la reconciliación «tiene más de espiritualidad que de estrategia». Reconciliación «significa, por tanto, en primer lugar, el cultivo de una relación con Dios: es este el medio que hace posible que la reconciliación llegue a ser realidad. Dicha relación se expresa en una práctica espiritual que crea espacio para la verdad, para la justicia, para la curación, para la irrupción de nuevas posibilidades».

El encuentro con Dios presente en las víctimas reconciliando el mundo nos permite la experiencia de «ser cargados por la realidad» (J. Sobrino): Al hacernos cargo de la realidad irreconciliable, comprenderemos que el pecado es lo que nos daña a los seres humanos hijos de Dios, y que ese pecado se transmite masivamente a través de unas estructuras en las que ha impreso su huella. Al encargarnos de la realidad, surgirá la llamada a denunciar el pecado como Jesús y los profetas, puesto que el pecado tiende a enmascararse y justificarse. Al cargar con la realidad, aprenderemos lo que supone «cargar con el pecado»; es decir, tener fortaleza para mantenernos y soportar su maldad cuando se hace difícil erradicarlo. Pero, al mismo tiempo, caer en la cuenta de que «somos cargados por la realidad» porque en ella, en las víctimas de la injusticia, Dios con su misericordia y perdón se nos manifiesta reconciliándonos. Sabernos pecadores y perdonados es la única forma de abordar el servicio de la reconciliación, no como salvadores y superiores, sino como agradecidos y agradecidos.¹³

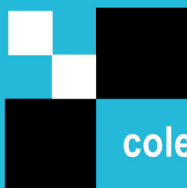
Esta práctica espiritual origina comunidades, integradas por hombres y mujeres reconciliados por Dios, llamadas a ser *comunidades de la «memoria passionis» del mundo* con el fin, por una parte, de satisfacer los derechos de las

12 ESQUIROL, Josep Maria (2018). *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*, Barcelona: Acantilado, pp. 7-25.

13 Cf. GONZÁLEZ FAUS, José I. (2019). *¿Apocalipsis hoy? Contra la entropía social*, Santander: Sal Terrae, p. 194.

víctimas a la verdad, la justicia, la reparación y al principio de no repetición; y, por otra, de ofrecer la esperanza en un futuro nuevo y reconciliado a la humanidad.¹⁴

¹⁴ SCHREITER, Robert J. (2000). *El ministerio de la reconciliación. Espiritualidad y estrategias*, Santander: Sal Terrae, pp. 31-32.



colección virtual

1. Mons. Oscar A. Romero, un defensor profético de los Derechos Humanos. Xavier Alegre
2. Treinta años de reformas laborales en España. Joan Coscubiela y Eduardo Rojo
3. Al que tiene, se le dará; al que no tiene, se le quitará. José Eizaguirre
4. Injusticia e ineficacia. Julia López
5. Las finanzas al servicio del bien común y de la paz. Mario Toso
6. Un salario que corresponda a la dignidad humana y al bien común. Jesús Renau
7. Diez barcas varadas en la playa. José Luis Iriberry
8. Reflexiones sobre “espiritualidad del trabajo” en tiempos de precariedad. Darío Mollá Llácer
9. Inmigración y nuevas encrucijadas. Alberto Ares
10. ¿Qué nos jugamos? VV.AA.
11. *Romeros de América*. José I. González Faus
12. Retiro en la ciudad. Pepa Torres
13. Vidas entregadas: Teresa de Jesús Ramírez y Dorothy Stang. Clara María Temporelli
14. Economistas profetas. José I. González Faus
15. Cataluña y España: entre el reconocimiento y la negociación. Josep F. Mària Serrano y Ramon Xifré
16. Soñamos la ciudad, la construimos juntos. Varios Autores
17. En las víctimas está Dios reconciliando el mundo. F. Javier Vitoria

La colección virtual es una recopilación de materiales publicados exclusivamente en el web. Aquí encontrará cuadernos que por su extensión o por su formato y estilo diferente no hemos editado en papel, pero pensamos que tienen el mismo rigor, sentido y calidad que los Cuadernos CJ. Deseamos que circulen por la red, y para ello contamos con usted.

Encontraréis los cuadernos de esta colección en: www.cristianismeijusticia.net/virtual